



convertirme en un miembro —¿qué hace aquí esta palabra?— de una capilla más y dueña de un espacio atenido a las leyes burocráticas de la cultura.” (p. 57)

De esta manera, la escritura de Moreno esquivada las tentaciones dogmáticas o separatistas y se despegada del “feminismo proletario”, del “feminismo prescriptivo”, del “feminismo moral”, del feminismo de “Estado”, del “feminismo de masas”, del ideal de la “buena mujer” individual y completamente emancipada. Y se declara a favor de la “sororidad” (una mismidad que no corresponde a la identidad ni a la identificación, un relato que sostiene la esperanza de *no ser uno* en una suerte de transición hacia el múltiple cuerpo político); de “conventillar” (escuchar a las amigas, a las vecinas, a las mujeres de la familia, fundar red); del “feminismo solar” (que sospecha en el proyecto de la emancipación femenina un futuro atravesado por el sufrimiento y en el que las mujeres serían “proletarias sobreexplotadas o superwomen depresivas”); del feminismo anal (en el que ya no hay activo/pasivo, hombre/mujer, normal/anormal).

“Elogio de la furia” es el primer artículo con fecha exacta del libro: 2016 (10 de junio). El prólogo alude a este cambio de datación como un detalle no azaroso: “La precisión de las fechas de los más coyunturales puede explicarse como un subrayado de lo que le importó entre 2016 y 2018 a un feminismo renovado y proteico, nucleado alrededor de las consignas del **Ni Una Menos**, al que creo contestarle desde mi acotada experiencia y dentro de mi generación” (p. 8).

Este punto de inflexión, marcado en el calendario como la historiografía rubrica las grandes batallas, habilita a leer los apuntes mordaces de las primeras décadas de la democracia —en los cuales Moreno logró dramatizar con astucia y gracia el impacto que en ciertas visiones de mundo tuvieron las lecturas de Kristeva, Irigaray, de Beauvoir, de Lauretis, Zambano, Yourcenar, Colette, Mansfield, Duras,

entre tantas— no sólo como un ejercicio teórico-crítico sino como una forma de conspirar.

Ricardo Piglia, leyendo a Roberto Arlt, sostuvo que el complot en tanto conspiración es el nudo de la política argentina y que supone la conjura, la infiltración y la invisibilidad pero que también, como práctica antiliberal, implica la idea de revolución, en la medida en que “experimenta con nuevas formas de sociabilidad, que se infiltra en las instituciones existentes y tiende a destruirlas y a crear redes y formas alternativas” (Ricardo Piglia, **Teoría del complot**, p. 20).

En la plaza de **Ni una menos**, María Moreno lee una fuerza revolucionaria y una sororidad en acción y simultaneidad, que empezó a gestarse en su bautismo en la Maratón de lectura contra el femicidio celebrada en marzo de 2015 en el Museo del Libro y de la Lengua. En el debate previo a esa acción, Moreno recuerda haber propuesto como práctica de activismo artístico utilizar bolsas de basura (dentro de las cuales suelen aparecer los cadáveres de las niñas y mujeres asesinadas) como símbolo de luto popular y del compromiso porque no haya más ni una menos. La respuesta de algunas compañeras del colectivo (Marta Dillon, Virginia Cano, Marina Mariasch, Máquina de Lavar) se convierte en otro de las anotaciones de esa relación de constante auto-transformación que Moreno establece con el feminismo, ahora como modo de organización: “Se sabe que escribo (...) Esa vez saqué O en metáfora. Una furia locuaz y de muchas decidió que había que tirar a la basura esa metáfora (...) Todo bautismo político inventa palabras, las trae del lado enemigo para cambiar su sentido *degenerándolo...*” (p. 221) Evidentemente, sólo alguien que ha maquinado durante décadas puede ser capaz de una traducción simultánea de transformaciones que exceden la lengua y la relación de la lengua con la vida tal como la conocíamos.

Guadalupe Maradei
UBA

A propósito de Omar Acha, **Cambiar de ideas: Cuatro tentativas sobre Oscar Terán**, Buenos Aires, Prometeo, 2017, 260 pp.

En diálogo con distintas generaciones, Omar Acha propone una interpretación de la biografía intelectual, la autocrítica teórico-política y el legado de Oscar Terán (1938-2008), como un modo de acceder también a la franja intelectual de izquierda que “acompañó un giro ideológico y cultural de envergadura: el que cavó una fosa entre una democracia liberal-capitalista posterior a 1983 y los años de la revolución” (p. 10). Lo hace a partir de cuatro ensayos en los cuales hila diversos escritos de Terán en una lectura interna que es, a la vez, una recuperación de esos textos.

Encara así un problema significativo para la historia intelectual local, como es el estudio de un grupo en el que se ha cargado la renuncia a la transformación revolucionaria y la subordinación al capitalismo democrático-liberal. Que se proponga, en cambio, que hoy la trayectoria de Terán y su generación es una ocasión para pensar los desafíos de la reconstrucción del “proyecto socialista anticapitalista” y que se abra a intentos por comprender “¿qué fue, entonces, lo que Terán y su grupo de referencia estuvieron desde 1980 sistemáticamente incapacitados de pensar?” (p. 177), lo hace de indudable interés. En este sentido, el libro abona las inquietudes sobre las maneras de pensar, los lugares de enunciación, las dificultades y las críticas al progresismo, que se proyectan también respecto del estado, el autonomismo y la autogestión, la articulación política y la fragmentación movimientista. Se afirma, en términos generales: “La carencia central del progresismo residió en que fue insuficientemente crítico de la trayectoria de las izquierdas durante el siglo veinte. Por eso los valores compartidos fueron los mismos: democracia de partidos, derechos humanos, redistribución moderada de la riqueza, en fin, una sociedad capitalista lo menos injusta posible, sin cuestionar las formas de la política tradicional, sin

impugnar como tal la lógica enloquecida del capital, sin controvertir la propiedad privada de los medios de producción, en suma, sin rechazar la existencia de las clases sociales *qua* clases sociales. (...) Tras una breve ilusión societalista, deseosa de organizaciones intermedias, el discurso estatal con tonos republicanos se impuso” (p. 179).

Aunque inscripto en una experiencia generacional, que queda apenas como telón de fondo de algo que ha tenido y seguramente tendrá otras ocasiones de abordarse en términos de problemáticas más que de individualidades, el itinerario de Oscar Terán aparece como “irrepetible”, excepcional dentro de esas mutaciones intelectuales de los años setenta y ochenta. Una de las tesis centrales es, entonces: “Mientras el Terán maduro se comprendió en ‘ajuste de cuentas’ con su biografía anterior al Gran Miedo de 1976, su obra posterior a 1980 estuvo hasta el final toda ella atenazada por el desacuerdo con el joven Terán, esto es, con el marxismo como verdad y con el fantasma de la revolución. No sostengo de tal manera –dice Acha– que no hubiera ruptura ni sugiero concebir a un Terán maduro encerrado en un mundo de espectros. Me interesa reconstruir con alguna precisión documental los filones en que una mutación ideológica traccionó interrogaciones de una experiencia inolvidable” (p. 10). Se discute hacia el final una “*memoria generacional* posterior a 1976” que reprocharía a los sesenta la opresión del quehacer intelectual por la intensa actividad política y se sostiene que, para el caso de Oscar Terán, es inadecuada la interpretación de los sesenta y setenta como una época en la que la práctica política vino a desplazar a la práctica intelectual. Omar Acha señala, pues, una “irresolución fundamental” de Terán con esos años (“El desamor por los setenta nunca yuguló la melancolía por (...) las promesas irrealizadas en los sesenta”; p. 166) y un resultado de su posterior autocrítica (“que el pluralismo y el contextualismo, condiciones de posibilidad del cambio de ideas, amenazaron al conjunto de su proyecto intelectual

desde mediados de la década de 1990”; p. 164). En medio, con un desarrollo detenido y un análisis erudito de sus textos, se recorre la “metamorfosis intelectual” que va en Oscar Terán del marxismo revolucionario al socialismo reformista, de la filosofía a la historia de las ideas, entre el postmarxismo y la historiografía: desde una muy sugestiva reconstrucción de su producción y su experiencia político-intelectual entre 1965 y 1976 –a través de la convivencia entonces de diversos marxismos y saberes críticos– hasta su tránsito hacia una “historiografía socialista de las ideas” –en una operación que lo integra a una secuencia formada por José Ingenieros, Alejandro Korn y José Luis Romero–, pasando por el derrotero desde el “marxismo en crisis” posterior a 1976 hacia el “postmarxismo por pluralización”, en la forma de una mixtura conceptual de un Foucault nietzscheano con la persistencia de una afinidad althusseriana, en los años ochenta.

Si esto último –por ejemplo y entre otros aspectos– es manifiesto en distintos itinerarios intelectuales latinoamericanos y ha sido estudiado ya en trabajos que le anteceden, lo que Acha sugiere es una lectura más allá de la decepción y la derrota, la nostalgia y la vergüenza propuestas retrospectivamente por el propio Terán en el “ajuste de cuentas” con sus años de juventud. En ese sentido, éste es un libro tenue, de los matices y las ambigüedades: Acha repone, analiza y subraya acertadamente las distintas gradaciones presentes en la imagen que el Terán maduro brindó en sus memoraciones; por ejemplo, sobre su pasaje al postmarxismo como una ruptura con el marxismo y una sustitución por el foucaultismo. Defiende, en ese caso, que fue más filosófico, más mixturado, menos fascinado. Todo lo cual no elude la estrecha afinidad de Terán, en un momento decisivo, con la lectura de Foucault, sino que la matiza contra quienes, según sugiere, lo ubicarían en el lugar cultural por él mismo indicado, abonando la construcción de “un Terán quizás demasiado estilizado en su rol de introductor de Foucault y en

tránsito al postmarxismo” (p. 91).

No es éste el espacio para alegatos sobre si cada cual dijo lo que se dice que dijo; tiendo a desconfiar de lo que se esconde detrás de esas justificaciones cuando se trata de pensar. Lo que tal vez amerite alguna breve mención es la posición de enunciación que incide, claro, en la reconstrucción que se propone. En todo caso, si la trama que liga a estos ensayos es la discusión con los modos de Terán de representarse a sí mismo tanto como con aquellos en que ha sido representado, habría que problematizar cierta pretensión normativa de las correctas interpretaciones para pensar los efectos que produce esa operación. Porque si el debate central es, en verdad, con el propio Oscar Terán, algo de una generación que lee a otra para tomar el lugar cuaja en un diálogo en el que por momentos se confunden los interlocutores y el autor parece devenir el verdadero lector, una suerte de *alter ego*. El dilema es que, más que abrirse preguntas, pareciera finalmente querer cerrarse un sentido. En ese desconcierto quizás anida la ausencia de una crítica más sostenida, como quien quisiera salvar al padre de tener que matarlo: el procedimiento correctivo y de la buena lectura es, a la vez, la imposibilidad de la verdadera ruptura y el afán de singularidad, en la medida en que establece cómo debe ser leído. De allí la extrañeza que produce un texto que, en lo críptico de su escritura, oculta las razones de su originalidad: cierto forzamiento de lo dicho en otros análisis hace aparecer como novedosas hipótesis que, en ocasiones, no lo son tanto y conduce a una posición que distorsiona el debate de ideas.

Habría que leer sintomáticamente el epílogo “Oscar Terán, yo mismo”, donde se refiere a Terán del modo en que Terán se refería a Ingenieros: un juego de alienaciones y desplazamientos donde hay algo de las contradicciones, el fracaso y las imitaciones, del qué hacer, la muerte y la autobiografía que aparecían en aquel Masotta de “Roberto Arlt, yo mismo”, aquí en la forma de una reescritura, de algún modo,



de la escritura de Terán. Así es que este libro no puede dejar de ser un diálogo, un homenaje y probablemente una de las formas de la despedida. Aunque no por ello habría que desplazar también el hecho de que el legado y las claves teranianas están frescas y en todo caso se trata siempre de una operación de interpretación. Decía Piglia que Masotta hablaba de Arlt para decir algo sobre sí mismo.

Con todo, estos aspectos no dejan de alentar una saludable reflexión crítica, teórica, metodológica e historiográfica. El ensayo en conjunto invita a una suerte de estación Terán, esto es, la oportunidad para volver sobre esos años, esa trayectoria, aquellas intervenciones de un intelectual cuyos textos siguen circulando con vitalidad y a quien Jorge Dotti recordaba con la sencillez de un labriego, ajeno a la “pedantería de los esclarecedores de conciencias, los artificios de la retórica demagógica y la rimbombancia del efectismo mediático” (**Prismas**, 2008, p. 198). Que también sean ajenos a sus lectores.

Mariana Canavese
CeDInCI/UNSAM-CONICET